

EDITORIAL

La llama de nuestros Maestros

The flame of our Masters

Tras la pandemia, el regreso a las actividades científicas presenciales de la SAD fue para mí, y creo que para muchos de nosotros, un bálsamo para el alma, que nos permitió liberarnos de las frías pantallas y redescubrir el calor del contacto humano con viejos colegas y amigos. Sin embargo, observé un hecho negativo que opacó mi optimismo: a diferencia de las reuniones previas a la pandemia, en los salones ocupados a medias predominaban las cabelleras canosas, e incluso calvas, y no los jóvenes dermatólogos en formación que tradicionalmente abarrotaban estos claustros. Aunque las ponencias mantuvieron su excelente nivel científico y docente, me quedó el gusto amargo de que quienes más se benefician de esta experiencia no estaban allí. Los mismos dermatólogos en formación que parecen evitar estas actividades, por el contrario, abundan en los eventos comerciales –de dudoso valor científico– organizados por los laboratorios para publicitar sus productos y que se reproducen hasta el hartazgo en las redes sociales.

Otra consecuencia de la pandemia que he observado es una notoria caída en el nivel académico de los alumnos de la facultad que llegan a cursar la asignatura Dermatología, tal vez por la virtualidad de su formación en las materias básicas de la carrera o por el relajamiento de los niveles de exigencia consecuentes. A ello se suman el desinterés general de las nuevas generaciones por la ardua y, en principio, poco atractiva clínica dermatológica, y una creciente inclinación por la dermatología estética, con su rápida y rentable salida laboral. No es la falta de conocimientos lo que más me preocupa, sino la falta de entusiasmo por adquirirlos. Por supuesto, hay explicaciones y excusas, como la necesidad económica, derivada del hecho de que la actividad médica en general origina menos ingresos que en otras épocas y obliga al médico joven a interminables jornadas de trabajo para poder subsistir. Por supuesto, hay loables excepciones a todo lo anterior y cada generación nos regala nuevos dermatólogos brillantes y entusiastas por vocación.

La reciente partida física de venerables y queridos profesores como Graciela Pizzarielo, Miguel Alevatto y José Gabriel Casas, que nos transmitieron más allá de su ciencia, un inagotable entusiasmo y un gran amor por la especialidad, debería hacernos reflexionar a quienes tenemos algún rol en la formación de nuevos médicos y especialistas sobre cómo transmitir ese fuego, esa pasión por la Dermatología a las próximas generaciones. Volver a fascinarnos frente a un detalle semiológico al examinar a un paciente, mantener la sonrisa durante días tras un acertado ejercicio diagnóstico que nos permitió resolver un caso complejo en la sala, conservar esa empatía con el sufrimiento del paciente que nos lleva a sacrificar horas de sueño para investigar su dolencia... todo esto que nos apasionaba no hace tanto, cuando nosotros mismos éramos dermatólogos en formación. Ahora nos encontramos frente a la tarea y el deber de transmitirlo a las nuevas generaciones, de pasar la antorcha que nos entregaron nuestros Maestros.

Dr. Diego Martín Loriente
*Médico Dermatólogo de Planta
Servicio de Dermatología
Hospital Nacional Prof. A. Posadas
Docente asociado UBA*